

Guy de Maupassant
La casa Tellier



E LEJANDRIA

Guy de Maupassant
La casa Tellier



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA CASA TELLIER

GUY DE MAUPASSANT

PUBLICADO: 1881

FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: LOUIS CONARD, PARÍS, 1908

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

LA CASA TELLIER

I

Se iba allí, cada noche, hacia las once, sencillamente como quien va al café.

Se reunían unos seis u ocho, siempre los mismos, no libertinos, sino hombres honorables, comerciantes, jóvenes de la ciudad; y uno se tomaba su chartreuse jugueteando un poco con las chicas, o bien se conversaba seriamente con Madame, a quien todo el mundo respetaba.

Luego, se volvía a casa a acostarse antes de medianoche. Los jóvenes, a veces, se quedaban.

La casa era familiar, muy pequeña, pintada de amarillo, en la esquina de una calle detrás de la iglesia de San Esteban; y, por las ventanas, se divisaba la dársena llena de navíos que descargaban, la gran marisma salina llamada «la Retenue» y, al fondo, la colina de la Virgen con su vieja capilla toda gris.

Madame, procedente de una buena familia de campesinos del departamento del Eure, había aceptado esta profesión de la misma manera que se habría hecho sombrerera o lencera. El prejuicio del deshonor ligado a la prostitución, tan violento y vivaz en las

ciudades, no existe en el campo normando. El campesino dice: —Es un buen oficio—; y envía a su hija a regentar un harén de muchachas como la enviaría a dirigir un internado de señoritas.

Esta casa, por lo demás, la había heredado de un viejo tío que la poseía. El señor y la señora, antes hosteleros cerca de Yvetot, habían liquidado inmediatamente, juzgando el negocio de Fécamp más ventajoso para ellos; y llegaron una buena mañana para tomar la dirección de la empresa que languidecía en ausencia de los patrones.

Eran buena gente que enseguida se hicieron querer por su personal y por los vecinos.

El señor murió de una apoplejía dos años más tarde. Su nueva profesión, que lo mantenía en la molicie y la inmovilidad, lo había vuelto muy grueso, y su buena salud lo había asfixiado.

Madame, desde su viudez, era en vano deseada por todos los habituales del establecimiento; pero se decía que era absolutamente recatada, y sus propias pupilas no habían logrado descubrir nada.

Era alta, carnosa, atractiva. Su tez, palidecida en la oscuridad de aquella vivienda siempre cerrada, relucía como bajo un barniz graso. Un fino adorno de cabello postizo y rizado, de esos llamados follets, le rodeaba la frente, dándole un aspecto juvenil que desentonaba con la madurez de sus formas. Invariablemente alegre y de rostro abierto, bromeaba de buena gana, con un matiz de contención que sus nuevas ocupaciones aún no habían logrado hacerle perder. Las palabras soeces siempre la ofendían un poco; y cuando un joven maleducado llamaba por su nombre propio al establecimiento que ella dirigía, se enfadaba, indignada. En fin, tenía un alma delicada, y aunque trataba a sus mujeres como amigas, repetía con gusto que «no eran del mismo cesto».

A veces, durante la semana, partía en coche de alquiler con una parte de su tropa; y se iban a retozar sobre la hierba a orillas del pequeño río que corre por los valles de Valmont. Eran entonces fiestas de internas escapadas, carreras locas, juegos infantiles, toda

la alegría de unas reclusas embriagadas por el aire libre. Comían embutidos sobre el césped bebiendo sidra, y regresaban al anochecer con una fatiga deliciosa, una tierna emoción; y en el coche besaban a Madame como a una madre buenísima, llena de mansedumbre y complacencia.

La casa tenía dos entradas. En la esquina, una especie de café de mala muerte se abría por la noche a la gente del pueblo y a los marineros. Dos de las personas encargadas del comercio especial del lugar estaban particularmente destinadas a las necesidades de esta parte de la clientela. Servían, con la ayuda del mozo, llamado Frédéric, un rubito imberbe y fuerte como un buey, las jarras de vino y las cañas sobre las temblorosas mesas de mármol y, con los brazos echados al cuello de los bebedores, sentadas a horcajadas sobre sus piernas, incitaban al consumo.

Las otras tres damas (no eran más que cinco) formaban una suerte de aristocracia, y quedaban reservadas para la compañía del primer piso, a no ser que se las necesitara abajo y el primer piso estuviera vacío.

El salón de Júpiter, donde se reunían los burgueses del lugar, estaba tapizado con papel azul y adornado con un gran dibujo que representaba a Leda recostada bajo un cisne. Se llegaba a este lugar por medio de una escalera de caracol que terminaba en una puerta estrecha, de humilde apariencia, que daba a la calle, y sobre la cual brillaba toda la noche, detrás de una celosía, un farolillo como los que todavía se encienden en ciertas ciudades a los pies de las madonas empotradas en los muros.

El edificio, húmedo y viejo, olía ligeramente a moho. Por momentos, una ráfaga de agua de Colonia pasaba por los pasillos, o bien una puerta entornada abajo hacía estallar en toda la casa, como una explosión de trueno, los gritos populacheros de los hombres sentados a la mesa en la planta baja, y ponía en el rostro de los señores del primer piso una mueca de inquieta desaprobación.

Madame, familiar con sus clientes y amigos, no abandonaba el salón, y se interesaba por los rumores de la ciudad que le llegaban a través de ellos. Su conversación servía de distracción a las charlas insustanciales de las tres mujeres; era como un descanso en el chismorreo picante de los particulares ventrudos que se entregaban cada noche a esa honesta y mediocre depravación de beber un vaso de licor en compañía de prostitutas.

Las tres damas del primer piso se llamaban Fernande, Raphaële y Rosa la Jaca.

Como el personal era reducido, se había procurado que cada una de ellas fuera como una muestra, un resumen del tipo femenino, a fin de que todo consumidor pudiera encontrar allí, al menos aproximadamente, la realización de su ideal.

Fernande representaba a la rubia hermosa, muy alta, casi obesa, lánguida, una muchacha de campo cuyas pecas se negaban a desaparecer, y cuya cabellera de estopa, corta, clara y sin color, parecida al cáñamo peinado, le cubría insuficientemente el cráneo.

Raphaële, una marsellesa, desecho de los puertos de mar, desempeñaba el papel indispensable de la bella judía, delgada, con pómulos salientes enyesados de colorete. Sus cabellos negros, lustrados con tuétano de buey, formaban bucles sobre sus sienas. Sus ojos habrían parecido hermosos si el derecho no hubiera estado marcado por una nube. Su nariz aguileña caía sobre una mandíbula acentuada donde dos dientes nuevos, arriba, desentonaban junto a los de abajo, que al envejecer habían adquirido un tono oscuro como las maderas antiguas.

Rosa la Jaca, una pequeña bola de carne todo vientre con piernas minúsculas, cantaba de la mañana a la noche, con voz cascada, coplas alternativamente verdes o sentimentales, contaba historias interminables e insignificantes, no dejaba de hablar más que para comer y de comer más que para hablar, se movía siempre, ágil como una ardilla a pesar de su grasa y la pequeñez de sus patas; y su risa, una cascada de gritos agudos, estallaba sin cesar, aquí y allá, en una

habitación, en el desván, en el café, por todas partes, a propósito de nada.

Las dos mujeres de la planta baja, Louise, apodada Cocotte, y Flora, llamada Columpio porque cojeaba un poco, una siempre vestida de Libertad con un cinturón tricolor, la otra de española de fantasía con lentejuelas de cobre que danzaban en sus cabellos zanahoria a cada uno de sus pasos desiguales, parecían criadas de cocina vestidas para un carnaval. Semejantes a todas las mujeres del pueblo, ni más feas, ni más bellas, auténticas sirvientas de posada, se las designaba en el puerto con el sobrenombre de las dos Bombas.

Una paz celosa, pero raramente turbada, reinaba entre estas cinco mujeres, gracias a la sabiduría conciliadora de Madame y a su inagotable buen humor.

El establecimiento, único en la pequeña ciudad, era asiduamente frecuentado. Madame había sabido darle un porte tan correcto; se mostraba tan amable, tan atenta con todo el mundo; su buen corazón era tan conocido, que una especie de consideración la rodeaba. Los habituales se desvivían por ella, triunfaban cuando les testimoniaba una amistad más marcada; y cuando se encontraban durante el día por sus asuntos, se decían: —Hasta esta noche, ya sabes dónde—, como se dice: —En el café, ¿verdad?, después de cenar.

En fin, la casa Tellier era un recurso, y raramente alguien faltaba a la cita cotidiana.

Ahora bien, una noche, hacia finales de mayo, el primero en llegar, el señor Poulin, comerciante de maderas y antiguo alcalde, encontró la puerta cerrada. El farolillo, detrás de su celosía, no brillaba; ningún ruido salía de la vivienda, que parecía muerta. Llamó, suavemente al principio, luego con más fuerza; nadie respondió. Entonces remontó la calle a pasitos cortos, y, al llegar a la plaza del Mercado, se encontró con el señor Duvert, el armador, que se dirigía al mismo lugar. Volvieron juntos sin más éxito. Pero un gran

estruendo estalló de repente muy cerca de ellos, y, al rodear la casa, vieron una multitud de marineros ingleses y franceses que golpeaban con los puños las contraventanas cerradas del café.

Los dos burgueses huyeron al instante para no verse comprometidos; pero un ligero «ipsst!» los detuvo: era el señor Tournevau, el salador de pescado, que, habiéndolos reconocido, los llamaba. Le contaron el asunto, del que se vio tanto más afectado cuanto que él, casado, padre de familia y muy vigilado, no iba allí más que los sábados, securitatis causa, decía, aludiendo a una medida de policía sanitaria cuyos periódicos retornos le había revelado el doctor Borde, su amigo. Era precisamente su noche y se iba a encontrar así privado para toda la semana.

Los tres hombres dieron un gran rodeo hasta el muelle, encontraron en el camino al joven señor Philippe, hijo del banquero, un habitual, y al señor Pimpesse, el recaudador. Todos juntos regresaron entonces por la calle «de los Judíos» para intentar una última tentativa. Pero los marineros exasperados sitiaban la casa, lanzaban piedras, aullaban; y los cinco clientes del primer piso, desandando el camino lo más rápido posible, se pusieron a errar por las calles.

Se encontraron aún con el señor Dupuis, el agente de seguros, luego con el señor Vasse, el juez del tribunal de comercio; y comenzó un largo paseo que los llevó primero al espigón. Se sentaron en fila sobre el parapeto de granito y contemplaron el oleaje. La espuma, en la cresta de las olas, creaba en la sombra blancuras luminosas, que se extinguían casi tan pronto como aparecían, y el ruido monótono del mar rompiendo contra las rocas se prolongaba en la noche a lo largo de todo el acantilado. Cuando los tristes paseantes hubieron permanecido allí un tiempo, el señor Tournevau declaró: —Esto no es alegre. —No, por cierto—, repuso el señor Pimpesse; y partieron de nuevo a pasitos cortos.

Después de haber bordeado la calle que domina la colina y que llaman: «Bajo-el-bosque», volvieron por el puente de tablas sobre la Retenue, pasaron cerca del ferrocarril y desembocaron de nuevo en

la plaza del Mercado, donde de repente comenzó una disputa entre el recaudador, el señor Pimpesse, y el salador, el señor Tournevau, a propósito de una seta comestible que uno de ellos afirmaba haber encontrado en los alrededores.¹

Como los ánimos estaban agriados por el aburrimiento, tal vez se habría llegado a las manos si los otros no se hubieran interpuesto. El señor Pimpesse, furioso, se retiró; y al instante surgió un nuevo altercado entre el antiguo alcalde, el señor Poulin, y el agente de seguros, el señor Dupuis, sobre los emolumentos del recaudador y los beneficios que podía obtener. Las palabras injuriosas llovían de ambos lados, cuando se desató una tempestad de gritos formidables, y la tropa de marineros, cansados de esperar en vano ante una casa cerrada, desembocó en la plaza. Iban del brazo, de dos en dos, formando una larga procesión, y vociferaban furiosamente. El grupo de burgueses se ocultó tras una puerta, y la horda aullante desapareció en dirección a la abadía. Durante mucho tiempo todavía se oyó el clamor que disminuía como una tormenta que se aleja; y el silencio se restableció.

El señor Poulin y el señor Dupuis, enfurecidos el uno contra el otro, partieron, cada uno por su lado, sin saludarse.

Los otros cuatro se pusieron de nuevo en marcha, y descendieron instintivamente hacia el establecimiento Tellier. Seguía cerrado, mudo, impenetrable. Un borracho, tranquilo y obstinado, daba golpecitos en la fachada del café, luego se detenía para llamar en voz baja al mozo Frédéric. Viendo que no le respondían, decidió sentarse en el escalón de la puerta y esperar los acontecimientos.

Los burgueses iban a retirarse cuando la tumultuosa banda de hombres del puerto reapareció al final de la calle. Los marineros franceses berreaban la Marsellesa, los ingleses el Rule Britannia. Hubo un embate general contra los muros, luego la marea de brutos retomó su curso hacia el muelle, donde estalló una batalla entre los marinos de las dos naciones. En la refriega, un inglés se rompió un brazo, y un francés se partió la nariz.

El borracho, que se había quedado delante de la puerta, lloraba ahora como lloran los borrachos o los niños contrariados.

Los burgueses, finalmente, se dispersaron.

Poco a poco la calma volvió a la ciudad turbada. De vez en cuando, todavía por instantes, se elevaba un ruido de voces, que luego se extinguía en la lejanía.

Solo un hombre erraba todavía, el señor Tournevau, el salador, desolado por tener que esperar al próximo sábado; y esperaba no se sabe qué azar, sin comprender, exasperándose de que la policía dejara cerrar así un establecimiento de utilidad pública que ella misma vigila y tiene bajo su custodia.

Volvió, olfateando los muros, buscando la razón; y se dio cuenta de que en el postigo había un cartel pegado. Encendió rápidamente una cerilla de cera y leyó estas palabras trazadas con una escritura grande y desigual: «Cerrado por primera comunión».

Entonces se alejó, comprendiendo bien que todo había terminado.

El borracho ahora dormía, tendido a lo largo sobre la puerta inhóspita.

Y al día siguiente, todos los habituales, uno tras otro, encontraron la manera de pasar por la calle con papeles bajo el brazo para darse un aire; y, con una mirada furtiva, cada uno leía el misterioso aviso: «Cerrado por primera comunión».

II

Resulta que Madame tenía un hermano, carpintero de profesión, establecido en su país natal, Virville, en el Eure. En tiempos en que Madame era todavía hostelera en Yvetot, había sido madrina de bautismo de la hija de este hermano, a la que llamó Constance, Constance Rivet; siendo ella misma una Rivet por su padre. El carpintero, que sabía que su hermana estaba en buena posición, no la perdía de vista, aunque no se encontraran a menudo, retenidos ambos por sus ocupaciones y habitando, por lo demás, lejos el uno del otro. Pero como la niña iba a cumplir doce años y hacía, ese año, su primera comunión, aprovechó esta ocasión para un acercamiento, y escribió a su hermana diciéndole que contaba con ella para la ceremonia. Los viejos padres habían muerto, no podía negarse a su ahijada; aceptó. Su hermano, que se llamaba Joseph, esperaba que a fuerza de atenciones lograría quizás que se hiciera un testamento en favor de la pequeña, ya que Madame no tenía hijos.

La profesión de su hermana no obstaculizaba en absoluto sus escrúpulos y, por lo demás, nadie en el pueblo sabía nada. Solo se decía al hablar de ella: «Madame Tellier es una burguesa de Fécamp», lo que dejaba suponer que podía vivir de sus rentas. De Fécamp a Virville se contaban al menos veinte leguas; y veinte leguas de tierra para unos campesinos son más difíciles de franquear que el Océano para un civilizado. La gente de Virville nunca había pasado de Ruán; nada atraía a los de Fécamp a un pequeño pueblo de quinientos fuegos, perdido en medio de las llanuras y perteneciente a otro departamento. En fin, no se sabía nada.

Pero, al acercarse la época de la comunión, Madame experimentó una gran turbación. No tenía subalterna, y no le importaba en absoluto dejar su casa, ni siquiera por un día. Todas las rivalidades entre las damas de arriba y las de abajo estallarían infaliblemente;

luego, Frédéric se emborracharía sin duda, y cuando estaba borracho, apaleaba a la gente por un sí o por un no. Finalmente, se decidió a llevarse a todo su personal, excepto al mozo, a quien dio libre hasta pasado mañana.

El hermano, consultado, no puso ninguna objeción, y se encargó de alojar a toda la compañía por una noche. Así pues, el sábado por la mañana, el tren expreso de las ocho se llevaba a Madame y a sus compañeras en un vagón de segunda clase.

Hasta Beuzeville estuvieron solas y charlaron como cotorras. Pero en esa estación subió una pareja. El hombre, un viejo campesino vestido con una blusa azul, con un cuello plisado, mangas anchas ajustadas en las muñecas y adornadas con un pequeño bordado blanco, cubierto con un antiguo sombrero de copa alta cuyo pelo rojizo parecía erizado, sostenía en una mano un inmenso paraguas verde, y en la otra una vasta cesta de la que asomaban las cabezas asustadas de tres patos. La mujer, rígida con su atuendo rústico, tenía una fisonomía de gallina con una nariz puntiaguda como un pico. Se sentó frente a su hombre y permaneció inmóvil, sobrecogida por encontrarse en medio de tan distinguida sociedad.

Y era, en efecto, en el vagón, un deslumbramiento de colores vivos. Madame, toda de azul, de seda azul de los pies a la cabeza, llevaba encima un chal de falsa cachemira francesa, rojo, cegador, fulgurante. Fernande resoplaba en un vestido escocés cuyo corpiño, atado con todas sus fuerzas por sus compañeras, levantaba su pecho desbordante en una doble cúpula siempre agitada que parecía líquida bajo la tela.

Raphaële, con un tocado emplumado que simulaba un nido lleno de pájaros, llevaba un traje lila, salpicado de oro, algo oriental que le sentaba bien a su fisonomía de judía. Rosa la Jaca, con una falda rosa de grandes volantes, parecía una niña demasiado gorda, una enana obesa; y las dos Bombas parecían haberse confeccionado atuendos extraños con viejas cortinas de ventana, esas viejas cortinas con motivos florales que datan de la Restauración.

Tan pronto como no estuvieron solas en el compartimento, estas damas adoptaron un semblante grave, y se pusieron a hablar de temas elevados para dar buena opinión de sí mismas. Pero en Bolbec apareció un señor con patillas rubias, con anillos y una cadena de oro, que colocó en la red sobre su cabeza varios paquetes envueltos en hule. Tenía un aire bromista y de buenazo. Saludó, sonrió y preguntó con soltura: —¿Cambian de guarnición, señoras?—. Esta pregunta sumió al grupo en una confusa turbación. Madame finalmente recobró la compostura y respondió secamente, para vengar el honor del cuerpo: —¡Podría usted ser más educado!—. Él se disculpó: —Perdón, quería decir de monasterio—. Madame, no encontrando nada que replicar, o juzgando quizás la rectificación suficiente, hizo un saludo digno frunciendo los labios.

Entonces el señor, que se encontraba sentado entre Rosa la Jaca y el viejo campesino, se puso a guiñar el ojo a los tres patos cuyas cabezas salían de la gran cesta; luego, cuando sintió que ya cautivaba a su público, comenzó a hacer cosquillas a estos animales bajo el pico, dirigiéndoles discursos graciosos para alegrar a la compañía: —¡Hemos dejado nuestra pequeña char-charca! icuac! icuac! icuac! —para conocer al pequeño as-asador— icuac! icuac! icuac!—. Las desdichadas bestias giraban el cuello para evitar sus caricias, hacían esfuerzos terribles para salir de su prisión de mimbre; luego, de repente, las tres a la vez lanzaron un lamentable grito de angustia: —¡Cuac! icuac! icuac! icuac!—. Entonces fue una explosión de risas entre las mujeres. Se inclinaban, se empujaban para ver; se interesaban locamente por los patos; y el señor redoblaba su gracia, su ingenio y sus bromas.

Rosa se unió a la fiesta y, inclinándose sobre las piernas de su vecino, besó a las tres bestias en el pico. Al instante, cada mujer quiso besarlas a su vez; y el señor sentaba a estas damas en sus rodillas, las hacía saltar, las pellizcaba; de repente las tuteó.

Los dos campesinos, más aterrados aún que sus aves, ponían los ojos en blanco como posesos sin atreverse a hacer un movimiento, y

sus viejos rostros arrugados no tenían ni una sonrisa, ni un estremecimiento.

Entonces el señor, que era viajante de comercio, ofreció en broma tirantes a las damas y, tomando uno de sus paquetes, lo abrió. Era una artimaña, el paquete contenía ligas.

Las tenía de seda azul, de seda rosa, de seda roja, de seda violeta, de seda malva, de seda amapola, con hebillas de metal formadas por dos amores entrelazados y dorados. Las chicas lanzaron gritos de alegría, luego examinaron las muestras, recuperando la gravedad natural de toda mujer que manosea un objeto de tocador. Se consultaban con la mirada o con una palabra susurrada, se respondían de la misma manera, y Madame manejaba con envidia un par de ligas anaranjadas, más anchas, más imponentes que las otras: unas verdaderas ligas de patrona.

El señor esperaba, alimentando una idea: —Vamos, mis gatitas —dijo—, hay que probarlas—. Fue una tempestad de exclamaciones; y ellas se apretaban las faldas entre las piernas como si temieran alguna violencia. Él, tranquilo, esperaba su momento. Declaró: —Si no queréis, las guardo—. Luego, finamente: —Ofreceré un par, a elegir, a las que se las prueben—. Pero ellas no querían, muy dignas, con el talle erguido. Las dos Bombas, sin embargo, parecían tan desdichadas que él les renovó la proposición. Flora Columpio sobre todo, torturada por el deseo, dudaba visiblemente. Él la apremió: —Venga, hija, un poco de valor; mira, el par lila, irá bien con tu vestido—. Entonces ella se decidió y, levantándose el vestido, mostró una fuerte pierna de vaquera, mal ceñida en una media tosca. El señor, agachándose, enganchó la liga debajo de la rodilla primero, luego por encima; y le hacía suaves cosquillas a la chica para hacerla soltar grititos con bruscos estremecimientos. Cuando hubo terminado, le dio el par lila y preguntó: —¿A quién le toca?—. Todas a una gritaron: —¡A mí! ¡A mí!—. Empezó por Rosa la Jaca, que descubrió una cosa informe, toda redonda, sin tobillo, un verdadero «morcón de pierna», como decía Raphaële. Fernande fue felicitada por el viajante de comercio, a quien entusiasmaron sus poderosas

columnas. Las delgadas tibias de la bella judía tuvieron menos éxito. Louise Cocotte, en broma, le cubrió la cabeza al señor con su falda; y Madame se vio obligada a intervenir para detener aquella broma indecorosa. Finalmente, la propia Madame extendió su pierna, una hermosa pierna normanda, grasa y musculosa; y el viajante, sorprendido y encantado, se quitó galantemente el sombrero para saludar aquella pantorrilla maestra como un verdadero caballero francés.

Los dos campesinos, petrificados de asombro, miraban de reojo, con un solo ojo; y se parecían tan absolutamente a pollos que el hombre de las patillas rubias, al levantarse, les hizo «kikirikí» en la nariz. Lo que desató de nuevo un huracán de alegría.

Los viejos se bajaron en Motteville, con su cesta, sus patos y su paraguas; y se oyó a la mujer decir a su hombre al alejarse: —Son unas perdidas que se van otra vez a ese maldito París.

El bromista viajante se bajó él mismo en Ruán, después de haberse mostrado tan grosero que Madame se vio obligada a ponerlo en su sitio con firmeza. Añadió, a modo de moraleja: —Esto nos enseñará a hablar con el primero que llega.

En Oissel cambiaron de tren, y en una estación siguiente encontraron al señor Joseph Rivet que las esperaba con una gran carreta llena de sillas y enganchada a un caballo blanco.

El carpintero besó educadamente a todas las damas y las ayudó a subir a su carromato. Tres se sentaron en tres sillas al fondo; Raphaële, Madame y su hermano, en las tres sillas de delante, y Rosa, al no tener asiento, se colocó como pudo sobre las rodillas de la gran Fernande; luego el carruaje se puso en marcha. Pero, al instante, el trote entrecortado del jamelgo sacudió tan terriblemente el vehículo que las sillas comenzaron a danzar, lanzando a las viajeras por los aires, a derecha, a izquierda, con movimientos de títeres, muecas de espanto, gritos de terror, cortados de repente por una sacudida más fuerte. Se agarraban a los lados del vehículo; los sombreros caían sobre la espalda, sobre la nariz o hacia el hombro;

y el caballo blanco seguía adelante, estirando la cabeza, y con la cola recta, una pequeña cola de rata sin pelo con la que se azotaba las ancas de vez en cuando. Joseph Rivet, con un pie extendido sobre la vara, la otra pierna doblada bajo él, los codos muy altos, sostenía las riendas, y de su garganta se escapaba a cada instante una especie de cloqueo que, haciendo erguir las orejas al jamelgo, aceleraba su marcha.

A ambos lados del camino se desplegaba la verde campiña. Las colzas en flor formaban de trecho en trecho un gran manto amarillo ondulante del que se elevaba un olor sano y potente, un olor penetrante y dulce, llevado muy lejos por el viento. En los centenos ya altos, los acianos mostraban sus pequeñas cabezas azuladas que las mujeres querían coger, pero el señor Rivet se negó a detenerse. Luego, a veces, un campo entero parecía regado de sangre, de tantas amapolas que lo habían invadido. Y en medio de estas llanuras así coloreadas por las flores de la tierra, la carreta, que parecía llevar ella misma un ramo de flores de tonos más ardientes, pasaba al trote del caballo blanco, desaparecía detrás de los grandes árboles de una granja, para reaparecer al final del follaje y pasear de nuevo a través de las cosechas amarillas y verdes, salpicadas de rojo o de azul, esa resplandeciente carretada de mujeres que huía bajo el sol.

Daba la una cuando llegaron a la puerta del carpintero.

Estaban destrozadas de fatiga y pálidas de hambre, sin haber comido nada desde la partida. La señora Rivet se precipitó, las hizo bajar una tras otra, besándolas tan pronto como tocaban tierra; y no se cansaba de besar a su cuñada, a la que deseaba acaparar. Se comió en el taller, despejado de los bancos de trabajo para la cena del día siguiente.

Una buena tortilla seguida de una morcilla a la parrilla, regada con buena sidra picante, devolvió la alegría a todo el mundo. Rivet, para brindar, había cogido un vaso, y su mujer servía, cocinaba, traía los platos, los retiraba, murmurando al oído de cada una: —¿Tenéis todo lo que deseáis?—. Montones de tablas apoyadas contra las paredes y

pilas de virutas barridas en los rincones desprendían un perfume de madera cepillada, un olor de carpintería, ese aliento resinoso que penetra en lo más profundo de los pulmones.

Se preguntó por la pequeña, pero estaba en la iglesia, y no debía regresar hasta la noche.

La compañía entonces salió a dar una vuelta por el pueblo.

Era un pueblo muy pequeño que atravesaba una carretera principal. Una decena de casas alineadas a lo largo de esta única vía albergaban a los comerciantes del lugar: el carnicero, el tendero, el carpintero, el dueño del café, el zapatero remendón y el panadero. La iglesia, al final de esta especie de calle, estaba rodeada por un estrecho cementerio; y cuatro tilos desmesurados, plantados ante su portal, la ensombrecían por completo. Estaba construida con sílex tallado, sin estilo alguno, y coronada por un campanario de pizarra. Después de ella, la campiña comenzaba de nuevo, cortada aquí y allá por bosquecillos de árboles que ocultaban las granjas.

Rivet, por ceremonia, y aunque en ropa de trabajo, había tomado del brazo a su hermana, a la que paseaba con majestuosidad. Su mujer, muy emocionada por el vestido con hilos de oro de Raphaële, se había colocado entre ella y Fernande. La regordeta Rosa trotaba detrás con Louise Cocotte y Flora Columpio, que cojeaba, extenuada.

Los habitantes salían a las puertas, los niños detenían sus juegos, una cortina levantada dejaba entrever una cabeza tocada con un gorro de indiana; una vieja con muletas y casi ciega se santiguó como ante una procesión; y cada uno seguía largo rato con la mirada a todas las bellas damas de la ciudad que habían venido de tan lejos para la primera comunión de la pequeña de Joseph Rivet. Una inmensa consideración recaía sobre el carpintero.

Al pasar por delante de la iglesia, oyeron cantos de niños: un cántico gritado hacia el cielo por vocecitas agudas; pero Madame impidió que entraran, para no molestar a aquellos querubines.

Después de un paseo por el campo, y la enumeración de las principales propiedades, del rendimiento de la tierra y de la producción de ganado, Joseph Rivet trajo de vuelta a su rebaño de mujeres y lo instaló en su vivienda.

Como el espacio era muy reducido, las habían distribuido de dos en dos en las habitaciones. Rivet, por esta vez, dormiría en el taller, sobre las virutas; su mujer compartiría su cama con su cuñada,² y, en la habitación de al lado, Fernande y Raphaële descansarían juntas. Louise y Flora se encontraban instaladas en la cocina sobre un colchón tirado en el suelo; y Rosa ocupaba sola un pequeño gabinete oscuro encima de la escalera, junto a la entrada de un estrecho desván donde dormiría, esa noche, la comulgante.

Cuando regresó la niña, fue sobre ella una lluvia de besos; todas las mujeres querían acariciarla, con esa necesidad de expansión tierna, ese hábito profesional de mimos que, en el vagón, las había hecho besar a todas a los patos. Cada una la sentó en sus rodillas, manoseó sus finos cabellos rubios, la estrechó en sus brazos con arranques de afecto vehemente y espontáneo. La niña, muy formal, toda penetrada de piedad, como cerrada por la absolución, se dejaba hacer, paciente y recogida.

Habiendo sido el día agotador para todos, se acostaron muy pronto después de cenar. Ese silencio ilimitado de los campos, que parece casi religioso, envolvía el pequeño pueblo, un silencio tranquilo, penetrante y amplio hasta las estrellas. Las chicas, acostumbradas a las noches tumultuosas de la casa pública, se sentían conmovidas por ese mudo reposo de la campiña dormida. Tenían escalofríos en la piel, no de frío, sino escalofríos de soledad venidos del corazón inquieto y turbado.

Tan pronto como estuvieron en su cama, de dos en dos, se abrazaron como para defenderse de esa invasión de la calma y el profundo sueño de la tierra. Pero Rosa la Jaca, sola en su gabinete oscuro, y poco acostumbrada a dormir con los brazos vacíos, se sintió sobrecogida por una emoción vaga y penosa. Daba vueltas en su lecho, sin poder conciliar el sueño, cuando oyó, detrás del tabique

de madera junto a su cabeza, débiles sollozos como los de un niño que llora. Asustada, llamó débilmente, y una vocecita entrecortada le respondió. Era la niña que, durmiendo siempre en la habitación de su madre, tenía miedo en su estrecho desván.

Rosa, encantada, se levantó, y suavemente, para no despertar a nadie, fue a buscar a la niña. La llevó a su cama bien caliente, la apretó contra su pecho besándola, la mimó, la envolvió en su ternura de manifestaciones exageradas, luego, calmada ella misma, se durmió. Y hasta el día la comulgante reposó su frente sobre el pecho desnudo de la prostituta.

A las cinco, con el Ángelus, la pequeña campana de la iglesia sonando a rebato despertó a estas damas que dormían ordinariamente toda la mañana, único descanso de las fatigas nocturnas. Los campesinos en el pueblo ya estaban en pie. Las mujeres del lugar iban atareadas de puerta en puerta, conversando animadamente, llevando con precaución cortos vestidos de muselina almidonados como cartón, o cirios desmesurados, con un lazo de seda con flecos de oro en el medio, y recortes de cera indicando el lugar de la mano. El sol ya alto radiaba en un cielo todo azul que guardaba hacia el horizonte un tinte un poco rosado, como un rastro debilitado del alba. Familias de gallinas paseaban delante de sus casas; y, de trecho en trecho, un gallo negro de cuello lustroso levantaba su cabeza coronada de púrpura, batía las alas, y lanzaba al viento su canto de cobre que repetían los otros gallos.

Carretas llegaban de los municipios vecinos, descargando en el umbral de las puertas a las altas normandas con vestidos oscuros, el pañuelo cruzado sobre el pecho y sujeto por una joya de plata secular. Los hombres se habían puesto la blusa azul sobre la levita nueva o sobre el viejo traje de paño verde cuyos dos faldones asomaban.

Cuando los caballos estuvieron en la cuadra, había así a lo largo de toda la carretera principal una doble línea de cacharros rústicos, carretas, cabriolés, tilburys, carros de bancos, coches de toda forma

y de toda edad, inclinados sobre el morro o bien con el culo en el suelo y las varas al cielo.

La casa del carpintero estaba llena de una actividad de colmena. Estas damas, en chambra y enaguas, con el pelo suelto sobre la espalda, cabellos ralos y cortos que se habrían dicho deslucidos y roídos por el uso, se ocupaban de vestir a la niña.

La pequeña, de pie sobre una mesa, no se movía, mientras Madame Tellier dirigía los movimientos de su batallón volante. La lavaron, la peinaron, la atusaron, la vistieron y, con la ayuda de una multitud de alfileres, dispusieron los pliegues del vestido, ciñeron la cintura demasiado ancha, organizaron la elegancia del atuendo. Luego, cuando todo estuvo terminado, hicieron sentar a la paciente recomendándole que no se moviera más; y la tropa agitada de mujeres corrió a engalanarse a su vez.

La pequeña iglesia comenzaba a sonar de nuevo. Su tañido frágil de campana pobre subía a perderse a través del cielo, como una voz demasiado débil, rápidamente ahogada en la inmensidad azul.

Los comulgantes salían de las puertas, se dirigían al edificio comunal que contenía las dos escuelas y el ayuntamiento, y situado al final del pueblo, mientras que la «casa de Dios» ocupaba el otro extremo.

Los padres, en traje de fiesta, con una fisonomía torpe y esos movimientos inhábiles de los cuerpos siempre curvados sobre el trabajo, seguían a sus pequeños. Las niñas desaparecían en una nube de tul níveo semejante a nata montada, mientras que los hombrecitos, parecidos a embriones de camareros, con la cabeza pegada de gomina, caminaban con las piernas separadas, para no manchar sus pantalones negros.

Era una gloria para una familia cuando un gran número de parientes, venidos de lejos, rodeaban al niño: así, el triunfo del carpintero fue completo. El regimiento Tellier, con la patrona a la cabeza, seguía a Constance; y el padre dando el brazo a su hermana, la madre caminando al lado de Raphaële, Fernande con

Rosa, y las dos Bombas juntas, la tropa se desplegaba majestuosamente como un estado mayor en gran uniforme.

El efecto en el pueblo fue fulminante.

En la escuela, las niñas se pusieron en fila bajo la toca de la monja, los niños bajo el sombrero del maestro, un hombre apuesto que representaba; y se partió entonando un cántico.

Los niños varones a la cabeza alargaban sus dos filas entre las dos hileras de coches desenganchados, las niñas seguían en el mismo orden; y habiendo todos los habitantes cedido el paso a las damas de la ciudad por consideración, ellas llegaban inmediatamente después de las pequeñas, prolongando aún la doble línea de la procesión, tres a la izquierda y tres a la derecha, con sus atuendos resplandecientes como un ramo de fuegos artificiales.

Su entrada en la iglesia enloqueció a la población. Se apretujaban, se volvían, se empujaban para verlas. Y unas devotas hablaban casi en voz alta, estupefactas por el espectáculo de aquellas damas más engalanadas que las casullas de los cantores. El alcalde ofreció su banco, el primer banco a la derecha junto al coro, y Madame Tellier tomó asiento allí con su cuñada, Fernande y Raphaële. Rosa la Jaca y las dos Bombas ocuparon el segundo banco en compañía del carpintero.

El coro de la iglesia estaba lleno de niños de rodillas, niñas a un lado, niños al otro, y los largos cirios que sostenían en la mano parecían lanzas inclinadas en todas direcciones.

Delante del atril, tres hombres de pie cantaban con voz plena. Prolongaban indefinidamente las sílabas del latín sonoro, eternizando los Amén con indefinidos a-a que el serpentón sostenía con su nota monótona emitida sin fin, mugida por el instrumento de cobre de ancha boca. La voz aguda de un niño daba la réplica, y, de vez en cuando, un sacerdote sentado en un sitial y tocado con una birreta cuadrada se levantaba, balbuceaba algo y volvía a sentarse, mientras los tres cantores reanudaban, con la vista fija en el gran

libro de canto llano abierto ante ellos y sostenido por las alas desplegadas de un águila de madera montada sobre un pivote.

Luego se hizo el silencio. Toda la asistencia, en un solo movimiento, se arrodilló, y el oficiante apareció, viejo, venerable, con cabellos blancos, inclinado sobre el cáliz que portaba con su mano izquierda. Delante de él caminaban los dos acólitos con túnica roja, y, detrás, apareció una multitud de cantores con gruesos zapatos que se alinearon a ambos lados del coro.

Una campanilla tintineó en medio del gran silencio. El oficio divino comenzaba. El sacerdote circulaba lentamente ante el sagrario de oro, hacía genuflexiones, salmodiaba con su voz quebrada, trémula de vejez, las oraciones preparatorias. Tan pronto como callaba, todos los cantores y el serpentón estallaban a la vez, y también cantaban hombres en la iglesia, con una voz menos fuerte, más humilde, como deben cantar los asistentes.

De repente, el Kyrie eleison brotó hacia el cielo, impulsado por todos los pechos y todos los corazones. Granos de polvo y fragmentos de madera carcomida cayeron incluso de la vieja bóveda sacudida por esa explosión de gritos. El sol que golpeaba las pizarras del tejado convertía la pequeña iglesia en un horno; y una gran emoción, una espera ansiosa, la proximidad del inefable misterio, oprimían el corazón de los niños, apretaban la garganta de sus madres.

El sacerdote, que se había sentado un momento, subió de nuevo al altar y, con la cabeza descubierta, cubierto de sus cabellos de plata, con gestos temblorosos, se acercaba al acto sobrenatural.

Se volvió hacia los fieles y, con las manos extendidas hacia ellos, pronunció: «Orate, fratres», «orad, hermanos míos». Todos oraban. El viejo cura balbuceaba ahora en voz muy baja las palabras misteriosas y supremas; la campanilla tintineaba golpe tras golpe; la multitud postrada llamaba a Dios; los niños desfallecían de una ansiedad desmesurada.

Fue entonces cuando Rosa, con la frente entre las manos, recordó de repente a su madre, la iglesia de su pueblo, su primera comunión. Se creyó de vuelta a aquel día, cuando era tan pequeña, toda ahogada en su vestido blanco, y se echó a llorar. Lloró suavemente al principio: las lágrimas lentas salían de sus párpados, luego, con sus recuerdos, su emoción creció y, con el cuello hinchado, el pecho palpitante, sollozó. Había sacado su pañuelo, se secaba los ojos, se taponaba la nariz y la boca para no gritar: fue en vano; una especie de estertor salió de su garganta, y otros dos suspiros profundos, desgarradores, le respondieron; pues sus dos vecinas, abatidas junto a ella, Louise y Flora, atenazadas por los mismos lejanos recuerdos, gemían también con torrentes de lágrimas.

Pero como las lágrimas son contagiosas, Madame, a su vez, sintió pronto sus párpados húmedos y, volviéndose hacia su cuñada, vio que todo su banco lloraba también.

El sacerdote engendraba el cuerpo de Dios. Los niños ya no tenían pensamiento, arrojados sobre las losas por una devoción ardiente; y, en la iglesia, de trecho en trecho, una mujer, una madre, una hermana, presa de la extraña simpatía de las emociones conmovedoras, trastornada también por aquellas bellas damas arrodilladas a las que sacudían temblores y sollozos, empapaba su pañuelo de indiana a cuadros y, con la mano izquierda, apretaba violentamente su corazón desbocado.

Como la pavesa que prende fuego a un campo maduro, las lágrimas de Rosa y de sus compañeras contagiaron en un instante a toda la multitud. Hombres, mujeres, ancianos, jóvenes mozos con blusa nueva, todos pronto sollozaban, y sobre sus cabezas parecía planear algo sobrehumano, un alma derramada, el soplo prodigioso de un ser invisible y todopoderoso.

Entonces, en el coro de la iglesia, resonó un golpecito seco: la monja, golpeando su libro, daba la señal de la comunión; y los niños, tiritando de una fiebre divina, se acercaron a la mesa santa.

Toda una fila se arrodillaba. El viejo cura, sosteniendo en la mano el copón de plata dorada, pasaba ante ellos, ofreciéndoles, entre dos dedos, la hostia sagrada, el cuerpo de Cristo, la redención del mundo. Abrían la boca con espasmos, muecas nerviosas, los ojos cerrados, el rostro pálido; y el largo mantel extendido bajo sus barbillas temblaba como agua que corre.

De repente, en la iglesia, una especie de locura corrió, un rumor de multitud en delirio, una tempestad de sollozos con gritos ahogados. Pasó como esas ráfagas de viento que doblan los bosques; y el sacerdote permanecía de pie, inmóvil, con una hostia en la mano, paralizado por la emoción, diciéndose: «Es Dios, es Dios que está entre nosotros, que manifiesta su presencia, que desciende a mi voz sobre su pueblo arrodillado».3 Y balbuceaba oraciones enloquecidas, sin encontrar las palabras, oraciones del alma, en un impulso furioso hacia el cielo.

Terminó de dar la comunión con tal sobreexcitación de fe que sus piernas desfallecían bajo él, y cuando él mismo hubo bebido la sangre de su Señor, se abismó en un acto de agradecimiento desesperado.

Detrás de él, el pueblo se calmaba poco a poco. Los cantores, erguidos en la dignidad del sobrepelliz blanco, reanudaban con una voz menos segura, todavía húmeda; y el serpentón también parecía enronquecido, como si el propio instrumento hubiera llorado.

Entonces, el sacerdote, levantando las manos, les hizo señas de que callaran, y pasando entre las dos hileras de comulgantes perdidos en éxtasis de felicidad, se acercó hasta la reja del coro.

La asamblea se había sentado en medio de un ruido de sillas, y ahora todo el mundo se sonaba la nariz con fuerza. Tan pronto como se vio al cura, se hizo silencio, y él comenzó a hablar en un tono muy bajo, vacilante, velado. —Mis queridos hermanos, mis queridas hermanas, mis hijos, os doy las gracias desde el fondo de mi corazón: acabáis de darme la mayor alegría de mi vida. He sentido a Dios que descendía sobre nosotros a mi llamada. Ha venido, estaba

aquí, presente, que llenaba vuestras almas, hacía desbordar vuestros ojos. Soy el sacerdote más viejo de la diócesis, y soy también, hoy, el más feliz. Un milagro se ha obrado entre nosotros, un verdadero, un gran, un sublime milagro. Mientras Jesucristo penetraba por primera vez en el cuerpo de estos pequeños, el Espíritu Santo,⁴ el pájaro celestial, el soplo de Dios, se ha abatido sobre vosotros, se ha apoderado de vosotros, os ha agarrado, os ha doblado como juncos bajo la brisa.

Luego, con voz más clara, volviéndose hacia los dos bancos donde se encontraban las invitadas del carpintero: —Gracias sobre todo a vosotras, mis queridas hermanas, que habéis venido de tan lejos, y cuya presencia entre nosotros, cuya fe visible, cuya piedad tan viva han sido para todos un saludable ejemplo. Sois la edificación de mi parroquia; vuestra emoción ha caldeado los corazones; sin vosotras, quizás, este gran día no habría tenido este carácter verdaderamente divino. A veces basta con una sola oveja de élite para decidir al Señor a descender sobre el rebaño.

La voz le faltaba. Añadió: —Es la gracia que os deseo. Así sea—. Y subió de nuevo al altar para terminar el oficio.

Ahora se tenía prisa por partir. Los propios niños se agitaban, cansados de tan larga tensión de espíritu. Tenían hambre, además, y los padres poco a poco se iban, sin esperar el último evangelio, para terminar los preparativos de la comida.

Fue una multitud a la salida, una multitud ruidosa, un guirigay de voces chillonas donde cantaba el acento normando. La población formaba dos hileras, y cuando aparecieron los niños, cada familia se precipitó sobre el suyo.

Constance se vio agarrada, rodeada, besada por toda la casa de mujeres. Rosa, sobre todo, no se cansaba de abrazarla. Finalmente le tomó una mano, Madame Tellier se apoderó de la otra; Raphaële y Fernande le levantaron la larga falda de muselina para que no arrastrara por el polvo; Louise y Flora cerraban la marcha con la señora Rivet; y la niña, recogida, toda penetrada por el Dios que

llevaba en ella, se puso en camino en medio de esta escolta de honor.

El festín estaba servido en el taller sobre largas tablas sostenidas por travesaños.

La puerta abierta, que daba a la calle, dejaba entrar toda la alegría del pueblo. Se festejaba por todas partes. Por cada ventana se veían mesas llenas de gente endomingada, y gritos salían de las casas de juerga. Los campesinos, en mangas de camisa, bebían sidra pura a vaso lleno, y en medio de cada compañía se veían dos niños, aquí dos niñas, allá dos niños, comiendo en una de las dos familias.

A veces, bajo el pesado calor del mediodía, un carro de bancos atravesaba el pueblo al trote saltarín de un viejo jamelgo, y el hombre en blusa que conducía lanzaba una mirada de envidia a todo aquel banquete desplegado.

En la morada del carpintero, la alegría guardaba un cierto aire de reserva, un resto de la emoción de la mañana. Solo Rivet estaba animado y bebía en exceso. Madame Tellier miraba la hora a cada momento, pues para no perder dos días seguidos debían tomar el tren de las 3:55 que las dejaría en Fécamp hacia la noche.

El carpintero hacía todos sus esfuerzos por desviar la atención y retener a su gente hasta el día siguiente; pero Madame no se dejaba distraer; y nunca bromeaba cuando se trataba de negocios.

Tan pronto como se tomó el café, ordenó a sus pupilas que se prepararan rápidamente; luego, volviéndose hacia su hermano: — Tú, ve a enganchar el carro ahora mismo—; y ella misma fue a terminar sus últimos preparativos.

Cuando bajó, su cuñada la esperaba para hablarle de la pequeña; y tuvo lugar una larga conversación en la que no se resolvió nada. La campesina regateaba, falsamente enternecida, y Madame Tellier, que tenía a la niña en sus rodillas, no se comprometía a nada, prometía vagamente: se5 ocuparían de ella, había tiempo, además ya se volverían a ver.

Sin embargo, el coche no llegaba, y las mujeres no bajaban. Se oían incluso arriba grandes risas, empujones, gritos ahogados, palmadas. Entonces, mientras la esposa del carpintero se dirigía a la cuadra para ver si el carruaje estaba listo, Madame, al final, subió.

Rivet, muy borracho y medio desvestido, intentaba, pero en vano, violentar a Rosa, que se desmayaba de risa. Las dos Bombas lo sujetaban por los brazos e intentaban calmarlo, escandalizadas por esta escena después de la ceremonia de la mañana; pero Raphaële y Fernande lo excitaban, retorciéndose de alegría, sujetándose los costados; y lanzaban gritos agudos a cada uno de los esfuerzos inútiles del borracho. El hombre, furioso, con la cara roja, todo desaliñado, sacudiéndose con violentos esfuerzos a las dos mujeres agarradas a él, tiraba con todas sus fuerzas de la falda de Rosa balbuceando: —¡Zorra, no quieres, eh?—. Pero Madame, indignada, se lanzó, agarró a su hermano por los hombros y lo arrojó fuera tan violentamente que fue a dar contra la pared.

Un minuto más tarde, se le oía en el patio echándose agua en la cabeza; y cuando reapareció en su carromato, ya estaba completamente calmado.

Se pusieron en camino como la víspera, y el pequeño caballo blanco partió de nuevo con su andar vivo y danzante.

Bajo el sol ardiente, la alegría adormecida durante la comida se liberaba. Las chicas se divertían ahora con los baches del cacharro, empujaban incluso las sillas de las vecinas, estallaban en risas a cada instante, animadas además por las vanas tentativas de Rivet.

Una luz loca llenaba los campos, una luz que deslumbraba los ojos; y las ruedas levantaban dos surcos de polvo que revoloteaban largo rato detrás del coche por la carretera principal.

De repente Fernande, que amaba la música, suplicó a Rosa que cantara; y esta entonó gallardamente El Gordo Cura de Meudon. Pero Madame la hizo callar de inmediato, encontrando esa canción poco conveniente en ese día. Añadió: —Cántanos mejor algo de

Béranger—. Entonces Rosa, después de dudar unos segundos, se decidió, y con su voz gastada comenzó La Abuela:

Mi abuela, una noche en su fiesta,
de vino puro habiendo bebido un trago,
nos decía, meneando la cabeza:

¡Cuántos amantes tuve antaño!

¡Cuánto añoro, ay de mí,
mi brazo tan rollizo,
mi pierna bien torneada
y el tiempo que perdí!

Y el coro de las chicas, que la propia Madame dirigía, repitió:

¡Cuánto añoro, ay de mí,
mi brazo tan rollizo,
mi pierna bien torneada
y el tiempo que perdí!

—¡Eso sí que tiene ritmo! —declaró Rivet, encendido por la cadencia; y Rosa continuó al instante:

¿Cómo, mamá, no fuisteis buena?

—¡No, en verdad! y de mis encantos,
sola, a los quince, aprendí el uso,
pues de noche no dormía un rato.

Todos juntos aullaron el estribillo; y Rivet golpeaba con el pie en la vara, marcaba el compás con las riendas sobre el lomo del jamelgo blanco que, como si él mismo hubiera sido arrastrado por el ritmo, se lanzó al galope, un galope de tempestad, precipitando a las damas en un montón unas sobre otras en el fondo del coche.

Se levantaron riendo como locas. Y la canción continuó, berreada a pleno pulmón a través de la campiña, bajo el cielo ardiente, en medio de las cosechas que maduraban, al ritmo enloquecido del pequeño caballo que ahora se embalaba con cada estribillo, y se marcaba cada vez sus cien metros de galope, para gran alegría de los viajeros.

De trecho en trecho, algún picapedrero se enderezaba, y miraba a través de su máscara de alambre aquella carreta enfurecida y aullante arrastrada por el polvo.

Cuando bajaron delante de la estación, el carpintero se enterneció: —Es una pena que os vayáis, nos lo habríamos pasado muy bien.

Madame le respondió sensatamente: —Cada cosa a su tiempo, no se puede estar siempre de fiesta—. Entonces una idea iluminó la mente de Rivet: —Oye —dijo—, iré a veros a Fécamp el mes que viene—. Y miró a Rosa con aire astuto, con un ojo brillante y pícaro. —Vamos —concluyó Madame—, hay que ser formal; vendrás si quieres, pero no harás tonterías.

Él no respondió, y como se oyó silbar el tren, se puso inmediatamente a besar a todo el mundo. Cuando le tocó el turno a Rosa, se empeñó en encontrar su boca, que ella, riendo tras sus labios cerrados, le escamoteaba cada vez con un rápido movimiento de lado. Él la tenía en sus brazos, pero no podía con ella, estorbado por su gran látigo que había conservado en la mano y que, en sus esfuerzos, agitaba desesperadamente detrás de la espalda de la chica.

—¡Viajeros para Ruán, al tren! —gritó el empleado. Ellas subieron.

Un fino silbido partió, repetido en seguida por el potente silbido de la máquina que escupió ruidosamente su primer chorro de vapor mientras las ruedas comenzaban a girar un poco con un esfuerzo visible.

Rivet, saliendo del interior de la estación, corrió a la barrera para ver una vez más a Rosa; y mientras el vagón lleno de aquella

mercancía humana pasaba ante él, se puso a hacer restallar su látigo saltando y cantando con todas sus fuerzas:

¡Cuánto añoro, ay de mí,
mi brazo tan rollizo,
mi pierna bien torneada
y el tiempo que perdí!

Luego observó cómo se alejaba un pañuelo blanco que se agitaba.

III

Durmieron hasta la llegada, con el sueño apacible de las conciencias satisfechas; y cuando regresaron a la casa, frescas, descansadas para la faena de cada noche, Madame no pudo evitar decir: —Sea como sea, ya echaba de menos la casa.

Cenaron rápido, y luego, cuando hubieron retomado el traje de combate, esperaron a los clientes habituales; y el farolillo encendido, el pequeño farolillo de madona, indicaba a los transeúntes que en el redil el rebaño había regresado.

En un abrir y cerrar de ojos la noticia se extendió, no se sabe cómo, no se sabe por quién. El señor Philippe, el hijo del banquero, llevó incluso la complacencia hasta el punto de avisar por un propio al señor Tournevau, aprisionado en su familia.

El salador tenía precisamente cada domingo a varios primos a cenar, y estaban tomando el café cuando un hombre se presentó con una carta en la mano. El señor Tournevau, muy conmovido,

rompió el sobre y palideció: solo había estas palabras trazadas a lápiz: «Cargamento de bacalao recuperado; navío entrado en puerto; buen negocio para usted. Venga rápido».

Rebuscó en sus bolsillos, dio veinte céntimos al portador, y enrojeciendo de repente hasta las orejas: —Tengo que salir —dijo—. Y tendió a su mujer la lacónica y misteriosa nota. Tocó la campanilla, y cuando apareció la criada: —Mi abrigo, rápido, rápido, y mi sombrero—. Apenas en la calle, se puso a correr silbando una melodía, y el camino le pareció el doble de largo, tan viva era su impaciencia.

El establecimiento Tellier tenía un aire de fiesta. En la planta baja, las voces estruendosas de los hombres del puerto producían un estruendo ensordecedor. Louise y Flora no sabían a quién atender, bebían con uno, bebían con otro, mereciendo más que nunca su apodo de las «dos Bombas». Las llamaban por todas partes a la vez; ya no daban abasto, y la noche para ellas se anunciaba laboriosa.

El cenáculo del primer piso estuvo al completo desde las nueve. El señor Vasse, el juez del tribunal de comercio, el pretendiente oficial pero platónico de Madame, conversaba en voz baja con ella en un rincón; y ambos sonreían como si un entendimiento estuviera a punto de cerrarse. El señor Poulin, el antiguo alcalde, tenía a Rosa a horcajadas sobre sus piernas; y ella, cara a cara con él, paseaba sus cortas manos por las patillas blancas del buen hombre. Un trozo de muslo desnudo asomaba bajo la falda de seda amarilla levantada, cortando el paño negro del pantalón, y las medias rojas estaban sujetas por una liga azul, regalo del viajante de comercio.

La gran Fernande, extendida en el sofá, tenía los dos pies sobre el vientre del señor Pimpesse, el recaudador, y el torso sobre el chaleco del joven señor Philippe, cuyo cuello sujetaba con su mano derecha, mientras que con la izquierda sostenía un cigarrillo.

Raphaële parecía en negociaciones con el señor Dupuis, el agente de seguros, y terminó la conversación con estas palabras: —Sí, mi amor, esta noche, sí quiero—. Luego, dando sola una rápida vuelta

de vals a través del salón: —Esta noche, todo lo que se quiera — gritó.

La puerta se abrió bruscamente y apareció el señor Tournevau. Estallaron gritos entusiastas: —¡Viva Tournevau!—. Y Raphaële, que seguía girando, fue a caer sobre su corazón. Él la apresó en un abrazo formidable y, sin decir palabra, levantándola del suelo como una pluma, atravesó el salón, ganó la puerta del fondo y desapareció por la escalera de las habitaciones con su fardo viviente, en medio de los aplausos.

Rosa, que estaba encendiendo al antiguo alcalde, besándolo golpe tras golpe y tirando de sus dos patillas al mismo tiempo para mantenerle recta la cabeza, aprovechó el ejemplo: —Vamos, haz como él —dijo. Entonces el buen hombre se levantó y, ajustándose el chaleco, siguió a la chica rebuscando en el bolsillo donde dormía su dinero.

Fernande y Madame se quedaron solas con los cuatro hombres, y el señor Philippe exclamó: —¡Pago yo el champán! Señora Tellier, mande a buscar tres botellas—. Entonces Fernande, abrazándolo, le preguntó al oído: —¿Nos haces bailar, di, quieres?—. Él se levantó y, sentándose ante la espineta secular dormida en un rincón, hizo salir un vals, un vals enronquecido, lastimero, del vientre gimiente de la máquina. La chica alta enlazó al recaudador. Madame se abandonó a los brazos del señor Vasse; y las dos parejas giraron intercambiando besos. El señor Vasse, que en otro tiempo había bailado en sociedad, hacía florituras, y Madame lo miraba con ojos cautivados, con esos ojos que responden «sí», iun «sí» más discreto y más delicioso que una palabra!

Frédéric trajo el champán. El primer corcho saltó, y el señor Philippe ejecutó la invitación de una cuadrilla.

Los cuatro bailarines la ejecutaron a la manera mundana, convenientemente, dignamente, con modales, inclinaciones y saludos.

Después de lo cual se pusieron a beber. Entonces reapareció el señor Tournevau, satisfecho, aliviado, radiante. Exclamó: —No sé qué le pasa a Raphaële, pero está perfecta esta noche—. Luego, como le tendían un vaso, lo vació de un trago murmurando: — ¡Caramba, qué lujo!

De inmediato, el señor Philippe entonó una polca viva, y el señor Tournevau se lanzó con la bella judía, a la que sostenía en el aire, sin dejar que sus pies tocaran el suelo. El señor Pimpesse y el señor Vasse habían reanudado con nuevo ímpetu. De vez en cuando, una de las parejas se detenía cerca de la chimenea para trasegar una flauta de vino espumoso; y aquel baile amenazaba con eternizarse, cuando Rosa entreabrió la puerta con un candelero en la mano. Estaba en cabello, en zapatillas, en camisa, toda animada, toda roja: —Quiero bailar —gritó. Raphaële preguntó: —¿Y tu viejo?—. Rosa soltó una carcajada: —¿Él? ya duerme, duerme enseguida—. Agarró al señor Dupuis, que se había quedado sin empleo en el diván, y la polca recomenzó.

Pero las botellas estaban vacías: —Pago yo una —declaró el señor Tournevau. —Y yo otra —anunció el señor Vasse. —Y yo también —concluyó el señor Dupuis. Entonces todo el mundo aplaudió.

Aquello se estaba organizando, se convertía en un verdadero baile. De vez en cuando, incluso Louise y Flora subían rápidamente, daban una rápida vuelta de vals, mientras sus clientes, abajo, se impacientaban; luego regresaban corriendo a su café, con el corazón hinchado de pesar.

A medianoche, todavía se bailaba. A veces una de las chicas desaparecía, y cuando se la buscaba para hacer un vis-à-vis, de repente se daba uno cuenta de que también faltaba uno de los hombres.

—¿De dónde venís, pues? —preguntó jovialmente el señor Philippe, justo en el momento en que el señor Pimpesse regresaba con Fernande. —De ver dormir al señor Poulin —respondió el recaudador. La frase tuvo un éxito enorme; y todos, por turnos,

subían a ver dormir al señor Poulin con una u otra de las señoritas, que se mostraron, aquella noche, de una complacencia inconcebible. Madame cerraba los ojos; y tenía en los rincones largas conversaciones aparte con el señor Vasse como para arreglar los últimos detalles de un asunto ya acordado.

Finalmente, a la una, los dos hombres casados, el señor Tournevau y el señor Pimpesse, declararon que se retiraban, y quisieron saldar su cuenta. Solo se contó el champán, y, además, a seis francos la botella en lugar de diez francos, precio ordinario. Y como se asombraron de esta generosidad, Madame, radiante, les respondió:

—No todos los días son fiesta.

NOTAS

La Casa Tellier existió realmente en Ruán; la ceremonia de la primera comunión tuvo lugar en Bois-Guillaume, cerca de Ruán. La novela corta fue terminada en el mes de enero de 1881. Maupassant escribe en esa fecha a su madre: «Casi he terminado mi novela sobre las mujeres de burdel en la primera comunión». Y añade: «Creo que es al menos igual a Bola de Sebo, si no superior».

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB

1. [La casa Tellier - Guy de Maupassant](#)
2. [La casa Tellier - Guy de Maupassant](#)
3. [I](#)
4. [II](#)
5. [III](#)